

JOSÉ-CARLOS MAINER

La juventud y la literatura

Carlos Manuel López Ramos: En primer lugar, damos la bienvenida a nuestro ilustre conferenciante de esta jornada, José-Carlos Mainer, creo que suficientemente conocido por todos los presentes. Entre el material que se les ha entregado tienen unas hojas con la bibliografía y algunos datos biográficos sobre el doctor Mainer. Su bibliografía, extensa y siempre interesante, tiene títulos que me permito considerar absolutamente imprescindibles. Quiero llamar la atención sobre *La edad de plata: 1902-1939. Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, que se editó por primera vez en 1975, luego en 1981 y más tarde ha sido ampliado y renovado en 1983. Se trata de un libro esencial, considerado todo un clásico y que, a un ejercicio de síntesis extraordinaria, une sin embargo una profundidad y una capacidad de transmisión verdaderamente asombrosas. *El Aprendizaje de la libertad* es un libro magnífico, escrito conjuntamente con Santos Juliá, que nos ilustra de toda una etapa que se extiende desde los últimos años de la dictadura franquista hasta 1986, cuando España se incorpora a la Comunidad Económica Europea. Ahí está todo lo que significa la transición. *Tramas, libros, nombres. Para entender la literatura española, 1944-2000...* La lista sería interminable y por supuesto el protagonismo aquí lo tiene el ponente.

Yo paso a decir algo sobre lo que conozco del profesor Mainer. En el pregón de la Feria del Libro de Zaragoza de 2008, José-Carlos Mainer revelaba lo siguiente: “fue hace muchos años, cuando la Avenida de la Independencia era todavía paseo y conservaba su andén central, en una feria del libro celebrada aquí adquirí mi primer ejemplar, que me costó trece pesetas. Eran *Las glosas de Sigüenza* de Gabriel Miró. Fue aquello la primera piedra de una afición que se mantiene hasta hoy”. En la introducción de su libro *La escritura desatada*, Mainer evoca sus años de colegial en un tiempo oscuro, y cómo entonces la literatura le ayudó a sobrellevar aquellas horas tediosas *de la vela*, término con que eran designadas las sesiones de estudios que seguían, complementándolas, a las clases normales, y en las que se impartían las distintas asignaturas. Anécdotas y situaciones como éstas forman parte del comienzo de una larga y fructífera carrera de consagración al estudio del fenómeno literario.

José-Carlos Mainer nació en Zaragoza el 11 de Julio de 1944, es Doctor en Filología y Catedrático de Literatura Española en la Universidad de Zaragoza desde 1982. Anteriormente había sido profesor en las Universidades de Barcelona, tanto en la Central como en la Autónoma, y la de la Laguna, y también profesor visitante en las de Londres en 1978, Oslo y Bergen en 1982 y bastantes más. Ha impartido cursos y dictado conferencias en otras muchas universidades europeas y norteamericanas. Se ha dedicado fundamentalmente, aunque no exclusivamente, al estudio de la literatura española del siglo XX, un estudio que él siempre ha enfocado desde una perspectiva histórica, prestando una especial atención tanto a los aspectos sociales, políticos, ideológicos e institucionales, como a aquellos relacionados con la difusión, la recepción y los diferentes tipos de público de los productos literarios. El doctor Mainer es responsable de la Cátedra Benjamín Jarnés, de la Institución Fernando el Católico, fue en 1998 director de la edición de las obras completas de Pío Baroja, perteneció al equipo fundacional de *Andalán*, primero revista, más tarde periódico entre 1976 y 1987, que representó a todo un movimiento socio-cultural que tuvo un destacado papel en aquel Aragón del tránsito de la dictadura a la democracia. En los primeros noventa fue miembro asesor de la fundación Juan March. Es también consejero de una gran cantidad de revistas nacionales y de otros países, especializadas en crítica literaria. Es miembro del Consejo Asesor de la Fundación Caballero Bonald y Oficial de la Orden de las Palmas Académicas de Francia. En 2002 recibió el Premio de las Letras Aragonesas, un premio que concede el Gobierno de Aragón a quienes sobresalen -cito literalmente- “por su contribución internacionalmente reconocida a la investigación de la literatura española contemporánea, y que haya destacado por su dedicación al estudio de los autores aragoneses de los siglos XIX y XX”. Desde 2007 dirige una *Historia de la Literatura Española* en nueve tomos que va a publicar la Editorial Crítica.

Como continuidad de su actividad docente, Mainer ejerce como crítico literario y como historiador de la literatura. En unas declaraciones al diario *El País*, en diciembre de 2002, con motivo precisamente de la concesión del mencionado Premio de las Letras Aragonesas, afirmaba esto: “No puedo olvidar mi condición de historiador. Aunque yo soy también un lector y en este caso debo hablar de placeres estéticos de la literatura, en otros de mis trabajos hay que resaltar otros aspectos no menos interesantes que están más cerca de la psicoanalítica que de otra cosa”. José-Carlos Mainer, que se siente como “un analítico con la manía de la síntesis”, ha ido elaborando una metodología de

integración multidisciplinar basada en el más estricto rigor y en una indiscutible coherencia pero a su vez, y esto es quizá lo fundamental, canalizada a través de una infrecuente claridad de ideas y de expresión.

Jordi Gracia, en una reseña sobre *La doma de la quimera* (*Babelia*, 29 de enero de 2005), ha resaltado “la personalísima óptica cultural para hacer historia literaria que caracteriza la labor de José-Carlos Mainer, su eficiente forma de acercamiento a los textos y a los autores, interrogándolos con datos de historia política y estrictamente estética, de sociología sin ínfulas y de comparatismo cauto y, sobre todo, leído”. A su perspicacia, a su capacidad de penetración para indagar la estructura de los textos, a su destreza para el análisis de las formas literarias, Mainer suma siempre un imprescindible sentido de la realidad en medio de la cual se desarrolla el proceso creativo, una realidad de índole inevitablemente histórica.

En contra de los pensamientos débiles, Mainer defiende la interpretación como elemento inherente a la crítica. Es así que en su ensayo *Historia, literatura, sociedad* afirma lo que sigue: “porque es la Historia, una nueva Historia, la que puede volver a ofrecer unas explicaciones que vayan más allá de las glosas, una interpretación que sea algo más que un ingenioso remedo de la creación misma”. Nunca ha sido partidario Mainer de un por demás imposible y quimérico aislamiento del hecho literario en función sospechosas pautas de asepsia o solapadas pretensiones de neutralismo, lo que no significa, en ningún momento, la renuncia a esa ineludible tensión hacia la objetividad que debe ser el horizonte de todo investigador honesto y responsable. Estos planteamientos implican, como es lógico, un considerable grado de compromiso ético, lo que –insisto– nada tiene que ver, por otra parte, ni con sectarismos ni con actitudes tendenciosas. Ese componente ético se sustenta, esencialmente, sobre criterios de racionalidad, sobre cimientos de voluntad científica y sobre unos firmes principios de libertad y apertura al diálogo.

Mainer no sólo ha hecho crítica literaria e historia de la literatura, sino también historia de la cultura española, centrándose en el conflictivo, por no decir convulso, siglo XX, desde sus albores hasta hoy mismo (que ya estamos en otro siglo, evidentemente), realizando aportaciones decisivas en relación a todas las etapas que configuran la mencionada centuria: el poderoso resurgimiento cultural que se despliega en España entre 1900 y 1936, la Guerra Civil, la postguerra y el exilio, el franquismo, la

transición y el desenvolvimiento de la democracia. La constancia en su trabajo, la seriedad y la incesante entrega de José-Carlos Mainer han contribuido, contribuyen y sin duda contribuirán en lo sucesivo a proporcionarnos una imagen más exacta y fiel de España, de su cultura y más específicamente de su literatura. Muchísimas gracias y tiene la palabra el profesor Mainer.

José-Carlos Mainer: Muy buenos días a todos y muchísimas gracias a la generosidad de Carlos, mi presentador. No hagan demasiado caso a la longitud de este currículum que no es sino consecuencia de los muchos años que llevo en esta cuestión.

A lo mejor no soy la persona más indicada para hablar en un foro de juventud y literatura, por lo menos desde el lado de la juventud. Sí, a lo mejor, desde el lado de la literatura. Pero lo cierto, y con esto quiero entrar en materia, es que yo venía a hablarles, sí, de juventud y de literatura, pero quizá no en el sentido en que ustedes están pensando y que se ha venido tratando hasta ahora. Me explico. La juventud es, evidentemente, un hecho biológico, envidiable, necesario por otra parte, espléndido, pero es también una noción cultural. Y es a ésta a la que me quiero referir aquí.

La juventud significa el florecimiento de los instintos, ese momento que fundamentalmente se añora (casi siempre que se habla de juventud se hace desde aquello que ya no lo es o ha dejado de serlo), pero solamente en los siglos XIX y XX la palabra juventud deja de ser eso, un periodo de esplendor, y pasa a adquirir otros significados que son los que me van a ocupar fundamentalmente. Pasa a tener una semántica propia que asocia la juventud no sólo con el despertar sino con la inocencia, lo asocia con una capacidad de producir, de hacer mejor las cosas, con una serie de emociones, de maneras de ver el mundo, que inevitablemente se convierten en las preferentes y que destiñen sobre las ideas de toda una sociedad. Hablo, en fin, de ese fenómeno que, con una palabra fea pero me parece que inevitable, denominaremos el *juvenilismo*. La exaltación (lo advertiré de antemano: la mayor parte de las veces interesada) de la juventud y sus valores ha sido algo que ha caracterizado fundamentalmente los siglos XIX y XX, quizá denotando con ello que en estos siglos ha habido una sensación de ansiedad, un estrés del futuro, que ha sido el que ha llevado en derechura a la añoranza del momento de la vida en el que todo parece próximo,

cercano, en el que la intuición basta para comprender y el esfuerzo de la voluntad para poder hacer las cosas o, por lo menos, para poner el propio sello en ellas.

¿Por qué digo los siglos XIX y XX? Porque solamente en estas épocas la juventud adquirió, como nostalgia, como objetivo, esta semántica a la que me estoy refiriendo. Fíjense que es en los primeros años del siglo XIX, inmediatamente después del recorrido de los procesos revolucionarios que abren la edad contemporánea, cuando se empieza a hablar, y el adjetivo adquiere un valor por sí mismo, de cosas que son jóvenes. Se habla de la *Giovane Italia*, aquella joven Italia que está esperando reconstruir la nacionalidad sobre un pasado prestigioso pero también sobre un presente abominable. Algo más adelante se hablará también de joven Francia, joven Alemania... Y, ya al final de la centuria, surgirá el movimiento de los jóvenes turcos, que posiblemente es la acuñación que mejor define la equívoca temperatura política de esta apelación a la juventud: los jóvenes turcos eran, evidentemente, un grupo que quería acabar con las tradiciones ya obsoletas del imperio otomano pero en el que también anidaban síntomas -y más que síntomas- de autoritarismo, de dictadura, de violencia, que invadirían y seguirían presentes en la política del viejo Imperio Oriental durante muchísimo tiempo.

Fíjense que, en este mismo sentido y recordando esa misma semántica decimonónica, Antonio Machado -sobre el que volveré al final- habla también de aquella España Joven que después del desastre de 1898 pudo haber iniciado un país distinto, un país diferente. No solamente es en el plano de la política donde aparece esta metáfora de juventud, designando muchas veces movimientos que no están precisamente presididos por jóvenes (ésta es la otra hipocresía del periodo y de la utilización de la juventud). Nos podríamos referir al protagonismo literario que la juventud por sí misma tiene en la literatura romántica. Reparen, por ejemplo, en esos dos momentos capitales de la poesía de Espronceda protagonizados por jóvenes. Uno, *El estudiante de Salamanca*, donde me interesa subrayar la coherencia en don Félix de Montemar, esa expresión estudiantil, la condición de estudiante universitario, cercana a la bohemia en cierto modo, que va a ser enormemente importante. Pero no lo es menos en *El diablo mundo*, una versión española del muy viejo tema de Fausto: un hombre viejo, maduro, un hombre caduco que sueña -y alcanza- la juventud. Esa juventud, que en Espronceda es original (en ese sentido no tiene demasiadas deudas con el modelo de *Fausto* de Goethe), es precisamente la vuelta al estado originario, la vuelta de algún

modo a la inocencia, esa capacidad subversiva, el no saber, el no conocer, el no tener deudas. Es lo que significa para ese personaje joven que circula por las páginas de una obra tan significativamente inconclusa como fue *El diablo mundo*.

He hablado hace un momento, a propósito de *El estudiante de Salamanca*, de la mitificación del mundo tan específicamente juvenil, ese tiempo de los estudios, de vivir fuera de casa, de la primera emancipación, que va a constituir a finales de los cuarenta y en los cincuenta del siglo XIX la primera idea de bohemia. La bohemia es, por un lado, un noviciado; es la etapa que precede en la historia de los individuos a su entrada en la madurez y, por lo tanto, en el periodo de la formalidad, de las convenciones, de la asunción de las prácticas convencionales de la hipocresía burguesa. Ese periodo previo, ese noviciado, significa el encuentro con la libertad, la posibilidad de tratar con todo el mundo, de moverse desmintiendo en cada uno de los actos que uno acomete los principios sacrosantos de la identidad burguesa. El bohemio trasnocha cuando el burgués duerme, el bohemio crea absolutamente al margen de las convicciones del arte más ñoño de su tiempo, el bohemio no trabaja cuando el burgués acude a trabajar, el bohemio practica la poligamia o el amor encendido donde el burgués practica el amor rutinario o la poligamia secreta, la poligamia vergonzante... En definitiva, ese escarnio permanente de las prácticas burguesas va a tener una enorme importancia en el momento más hipócrita de la sociedad europea, ese momento revolucionario y a la vez contrarrevolucionario de los años cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo XIX. En España tiene también representación. De entre las novelas de Galdós que me gustan, hay una (y no es la mejor) que me fascina porque es seguramente la primera gran novela española sobre el tema de la bohemia, en el que Galdós contemplaba parte de su propia juventud. Me refiero a *El doctor Centeno* y no tanto en este caso por cuenta del niño Felipín Centeno, el personaje que da título a la novela, cuanto por Alejandro Miquis, el bohemio que, de hecho, es su verdadero protagonista. Pero, para quien guste de novelas más complejas y mejor pensadas, *La educación sentimental*, de Gustave Flaubert es quizá la más hermosa de las reflexiones sobre la bohemia, y también la más hermosa de las recusaciones de la bohemia como periodo vital y como mitificación, en toda la literatura del siglo XIX. Ahora bien, cualquiera pensará que, si algo representa sobre otra cualquier cosa esa fase heroica de la bohemia, ésa es la novela y drama de Alejandro Dumas, *La Dama de las Camelias*, y su inolvidable versión musical que es *La Traviata*, por supuesto. E incluso en esa versión tan ácida y adulta que es la

destrucción del mito en la obra de Jardiel Poncela, *Margarita, Armando y su padre*: la recomiendo vivamente como purga necesaria de la intoxicación sentimental.

Porque esta noción de bohemia sin culpa, vinculada a la juventud, que inevitablemente concluye en la aceptación de las pautas de la respetabilidad (como le ocurrirá por supuesto al protagonista de *La Dama de las Camelias*), es algo que a lo largo del siglo XX va a recibir otra aportación diferente y más inquietante. La Gran Guerra de 1914 a 1918, sin duda el acontecimiento más subvertidor de perspectivas que ha ocurrido en los últimos dos siglos, es una guerra de juventudes. ¿Por qué? Porque entre otras cosas supone la inmolación, seguramente involuntaria (ni uno solo de los Estados en pugna pudo pensar en la carnicería que iban a ver ante sus ojos), de un montón de juventudes, pero también la elaboración de una patética liturgia de la juventud. Les recomiendo la lectura de un libro espléndido, una de esas monografías capitales del pensamiento europeo reciente; me refiero al libro de Paul Fussell, *La Gran Guerra y la memoria moderna*, que es un texto sobrecogedor sobre las consecuencias morales de esa guerra. Ese libro nos recuerda, por ejemplo, que de la contienda de 1914-1918 han llegado hasta nosotros significativos cultos llenos de equivocidad. Uno de ellos es la adopción universal de la palabra *camarada*, con lo que significa de falsa cercanía rebañega, con lo que tiene muchas veces de llamamiento a apretar ciegamente filas, de sentirse solidarios de la violencia desatada que se cree salvadora. Pero, no nos engañemos, la palabra *camarada* se consagra en la guerra de 1914, pero también procede de aquel clima otra práctica de reconocimiento que ha llegado a nuestros días: el culto de los caídos (*caduti* en italiano, *fallen* en inglés, *tombés* en francés: todos los idiomas tienen su icono verbal). El culto a los caídos significa atar las perspectivas del futuro a un sacrificio que ocurrió en un momento y que sigue imponiéndonos todo un culto de la muerte, unas ideas que en su momento se defendieron pero de las que nadie se pregunta si deben seguir en vigor.

Después de la Primera Guerra Mundial, la juventud adquiere un primer plano en la vida política. Fíjense ustedes en que los movimientos que surgen, los grandes movimientos políticos que van a cambiar la vida occidental después de la Primera Guerra Mundial, surgen fundamentalmente organizados por excombatientes. Esto es lo que representaba Adolf Hitler ante sus contemporáneos alemanes; esto es lo que, en gran medida, era Mussolini ante sus contemporáneos italianos: el hermano mayor de aquellos grupos de excombatientes que asaltan, que apalean o que asesinan a sus

enemigos políticos, mientras dicen mejorar el estatus de sus respectivos países después de la serie de tratados y pactos que dieron fin a la guerra europea.

No nos moveremos del ámbito de la lucha de fraternidades juveniles para hallar otro término vinculado al prestigio de lo joven. El término histórico de vanguardia no sólo fue un préstamo evidente del lenguaje militar. Como tal, su uso ya se había iniciado en medios anarquistas del siglo XIX; es decir, la voz vanguardia había designado un pensamiento político de avanzada, un pensamiento político de renovación y de subversión, que se hizo frecuente en los años sesenta y setenta en la retórica de la prensa anarquista francesa. La asunción de la palabra vanguardia por parte de los primeros movimientos subversivos en literatura fue anterior a la guerra europea, pero su difusión internacional fue evidentemente posterior. La vanguardia —o mejor, las vanguardias— son modalidades del absolutismo de los valores propio y, por otra parte, también la negación de cualquier forma de respetabilidad del arte: el movimiento Dada, surge en Zúrich, en un país neutral, en plena guerra europea y en buena medida en torno a un grupo de jóvenes que, huyendo de la construcción militar, se habían refugiado en Suiza y se reunían en el Cabaret Voltaire.

Pero todo esto venía también de atrás, venía del fin de siglo por antonomasia que en España, por ejemplo, supuso esa crisis general de valores a la que reconocemos como “crisis del 98”. Y no está mal hacerlo así; es abusivo, sin duda, hablar de una “Generación del 98”, un concepto no demasiado operativo en este sentido, pero sí de una conciencia de crisis que también va a tener como consecuencia una apelación sistemática a la juventud y a lo juvenil. No hay más que ver los títulos de las revistas de la época: *Parte joven*, *Juventud*, *Revista Nueva*, e incluso hay una revista que se llama *Gente Vieja*, precisamente acusando el golpe y replicando en cierto modo a esa invasión universal de la juventud. *Revista Nueva*, por ejemplo, que nace en 1899, tiene un texto de presentación sobre el que los que hemos tratado de ella tenemos serias dudas. Los barojianos lo atribuyen a Pío Baroja; a mí no me da esa impresión, aunque yo sea también bastante barojiano. Puede ser un texto del director de la revista, que era persona ya de edad, Luis Ruiz Contreras, en la cincuentena prácticamente cuando lo escribe. Es un texto muy curioso porque está escrito desde una juventud que ya se ve en la frontera que la acerca a la madurez y porque está escrito en gran medida desde la sensación de fracaso, como una lúcida acusación que desde allí se hace a las posibilidades que se han tenido. Pero leamos algún trozo de este texto, “A la juventud intelectual”, que me

parece extraordinariamente interesante por la mezcla de masoquismo, por un lado, y de exaltación, por otro, con la que el término juventud va a comparecer en estas fechas. Dice el redactor -quien sea, Luis Ruiz Contreras, director, o Pío Baroja-, quejándose de la educación que esa juventud ha recibido:

“Inculcan [se refiere a los viejos] al niño las preocupaciones del viejo. Los hombres conocen el poder maravilloso de la juventud pero, cuando ya les falta virilidad, pasan de niños a viejos con los ojos vendados y contra esa implacable tiranía despiertan los fieros rencores. Por eso la juventud ha sido en otros tiempos revolucionaria y hoy siente congojas de anarquismo”

Un poco más allá, después de esta amenaza, y ya tomando la palabra por los redactores, el autor se refiere y define el lugar donde están ellos:

“Pertenece a la generación que fue pisoteada por los vencedores engréidos, fuimos educados en la escuela del sufrimiento, aprendimos la resignación y la piedad, nos falta egoísmo para oponernos a vuestra gloria. Ya no somos la juventud y todo lo esperamos de la juventud. Lucharemos por vosotros mientras vosotros calléis; pero en cuanto aparezcan vuestra pluma y vuestra espada, soltaremos para siempre la espada y la pluma”.

Fíjense ustedes en una cosa curiosa: son jóvenes (Pío Baroja todavía no había alcanzado la treintena) que se ven, siéndolo todavía, al final de un periodo, esperando otra juventud posible, una juventud nueva que ha de salir. Esta ansiedad por recuperar una mayor dosis de inocencia resulta patética porque cualquier cosa que entre en comercio y en contacto con la vida del momento impurifica y destruye el momento de inocencia desde el que se escribe. No basta con nuestra juventud, tiene que venir otra. Antonio Machado lo repetiría unos años después: “una juventud más joven”, todavía. La juventud es un término que empieza ya a no bastarse en su mera invocación y necesita siempre algo más.

Yo alguna vez he hecho un recorrido por las revistas de la época para ver lo mucho que se hablaba de juventud. No les extrañe que luego surgieran conceptos de generación, etc., que están estrechamente unidos con esta tasación cronológica de los tiempos propios, de los tiempos de la historia. Se habla fundamentalmente de juventud y muchas veces (lo hemos visto hace un momento al calor de la utilización de ese término

tan excluyente) se habla de generación. Por ejemplo, para los entusiastas del concepto “Generación del 98”, fíjense en lo que Gregorio Martínez Sierra bajo el nombre de “Nueva Generación” escribe en la revista *Alma Española* unos años después, en 1904:

“Hay una juventud que trabaja callada y concienzudamente, sin soberbia, serenamente, sin pose de tristeza ni de alegría, más veces triste que alegre porque así es la vida, porque ha tenido la desgracia de nacer a la hora del desastre en un país empobrecido y desilusionado.”

Como si le hubiera oído, la revista *Alma Española* convoca desde entonces una serie de breves autobiografías de escritores conocidos, a los que la revista proporciona un rótulo común, como si fuera una galería de notabilidades. Se titula “Juventud triunfante” y para ella se solicitan textos, la mayoría de ellos son muy bien conocidos, de José Martínez Ruiz (el futuro Azorín), de Valle Inclán (que tacha lo de “Juventud triunfante” y prefiere que su autobiografía se llame “Juventud militante”), Alejandro Sawa, Ramiro de Maeztu (Maeztu hace poner “Juventud menguante”, es también de los que consideran que no hay suficiente juventud en cualquier momento y que siempre la juventud es un proceso que remite a los que han de venir detrás), y un montón de gente que incluye hasta a los hermanos Álvarez Quintero, que no tenían demasiado espíritu de jóvenes pero que figuran en la lista.

Decía que, sin embargo, esta noción de juventud como ya apuntaba el autor de aquel texto “A la juventud intelectual” de *Revista Nueva*, nunca parece suficiente. Hay una reseña preciosa que Martínez Ruiz hace de *La busca* de Pío Baroja, que publica en 1904. Lo que Azorín dice (reparen en la fecha: 1904) es que le ha gustado *La busca* de Baroja (¿a quién no le va a gustar,?) pero lo que se le ocurre es consignar estas palabras agoreras:

“Pero seamos sinceros; ya la decadencia se ha iniciado en estos maestros casi viejos: Valle-Inclán no volverá a escribir *Epitalamio*, ni Maeztu sus artículos de *Germinal*, de *El País* y *Vida Nueva*, ni Manuel Bueno sus “Volanderas”, ni Palomeros sus *Versos políticos*, ni Acebal su *Huella de almas*, ni Navarro Ledesma sus crónicas de *El Globo*, ni Sawa su *Declaración de un vencido*, ni Emilio Bobadilla *La vejez de un joven*, ni Benavente *La comida de las fieras*, ni Rueda *El gusano de luz*, ni Unamuno su *Nicodemo*, ni Baroja su *Camino de perfección*.”

De la lista, habrán visto ustedes que hay algunos que no conocemos ya, quedan más bien para eruditos, pero de otros escritores ¡vaya sí sabemos de ellos!: Valle-Inclán no se acabó en *Epitalamio*, afortunadamente, y escribió cosas infinitamente mejores; Baroja escribió novelas tan buenas como *Camino de perfección* y como *La busca*; incluso Maeztu mejoró sus artículos de *Germinal*, *El País* y *Vida Nueva* (aunque tampoco crean que demasiado). Lo importante no son las escasas dotes de profeta de Martínez Ruiz, que por supuesto no se menciona a sí mismo en este texto, sino esa necesidad de apelar, de mitificar esa juventud que nunca parece suficiente en estos años finiseculares.

Pero, por supuesto, hablar de juventud y literatura en las letras españolas es también hacerlo de ese periodo donde la identificación fue más evidente, el de la “Generación del 27”. Tanto esa así que la “Generación del 27” parece una fotografía detenida en el tiempo. Analizando lo que ha sido su repercusión crítica, incluso mediática, en los años posteriores y hasta en los años recientes, es nuestra juventud colectiva, algo de lo que por ejemplo se pensaba, en el año 1977, que habíamos carecido quienes habíamos vivido bajo el Franquismo. La “Generación del 27” es un objeto cultural cuya contemplación tendemos a detener en las bromas y las conferencias de la Residencia de Estudiantes, en las caminatas por Madrid, en las fotos que se hacían en las verbenas, en el acontecimiento máximo generacional de la visita a Sevilla y el homenaje a Góngora, los festejos gongorinos contra los muros de la Real Academia Española. Sin embargo, no sé hasta que punto ese concepto de “Generación del 27” que en buena medida ha elaborado la nostalgia (a veces la nostalgia de los propios hombres del 27 y otras la nostalgia de quienes los han estudiado fijándose fundamentalmente en ese aire juvenil) no ha perjudicado su propia valoración. Es cierto que hay algún poeta (es el caso de García Lorca) que no tiene más que juventud; posiblemente la propia textura vital de Lorca era así, entre otras cosas. Tampoco era un niño cuando murió, pero indudablemente venía tocado de esa maravilla que es una infancia o una capacidad de puerilidad permanente y ahí quedó en ella. Pero están los casos de Vicente Aleixandre, Pedro Salinas, o Rafael Alberti, otro joven que casi parece joven perpetuo, creo que hasta él mismo se lo creyó. Sin embargo, leídos los versos de cada uno de ellos (el caso de Aleixandre es palmario) es en los versos de madurez, de reflexión sobre el pasado, donde alcanzan su verdadero valor. A veces creo que nos engañamos proyectando ese juvenilismo exclusivo sobre una generación o un grupo de poetas que,

como todos, y a lo largo de vidas largas, afortunadas y fecundas, pasaron por todos los lugares. Pero, claro, nacieron, se formaron, se dieron a conocer en un momento donde el término de la postguerra (refiriéndose por supuesto a la guerra de 1914 a 1918) conducía inevitablemente a la exaltación y a la mitificación de la juventud.

Releyendo textos orteguianos, quizá no los más conocidos, es decir, aquellos textos donde Ortega engolaba más la voz, me encontré hace poco con una serie de artículos que publica en 1927 (no deja de ser una casualidad, feliz, pero una casualidad) con el título “Dinámica del tiempo”. Aparecen en el “folletón” de *El Sol*, pero nunca los recogió en un libro, están simplemente incorporados a esta edición sistemática que se está haciendo ahora de las *Obras Completas* donde todo viene ordenado cronológicamente, para ventaja del investigador. Pues a lo largo del verano de 1927 Ortega publica una serie de artículos, “Dinámica del tiempo”, que intenta ser una radiografía de los años veinte, una radiografía a trozos, fragmentaria, y una especie de ensayo de sociología recreativa, que es el género que mejor le salía a Ortega y Gasset. Tiene un artículo, “Masas”, el primero, que es el germen de *La rebelión de las masas*, que empezaría a publicar en el “folletón” de *El Sol* menos de un año después, y que he comprobado que se incorpora a los primeros capítulos de ese libro. No es nada nuevo con respecto a quien haya leído *La rebelión de las masas*, libro hartamente recomendable. Después viene un segundo artículo muy divertido, “Los escaparates mandan”, donde Ortega descubre el consumo en forma de esa provocación que constituye el paseo por cualquier ciudad y la visión del escaparate. Ortega, por supuesto, no sabía quién era Walter Benjamín, ignoraba seguramente lo que éste estaba preparando para su libro *Pasajes*, pero es un capítulo curiosísimo que revela que hay una palingenesia de ideas en el mundo y que Ortega también fue consciente de que los escaparates, la incitación al consumo, eran un signo del tiempo. El tercer capítulo se titula “Juventud”, y hay un cuarto que se titula entre interrogantes “¿Masculino o femenino?”, que habla de la indiferenciación de los sexos que parece que se estaba notando tanto en el nivel de los atuendos como de los comportamientos. El artículo “Juventud” es curioso, porque dice algo que les he comentado yo al principio, y por supuesto Ortega me ayudó a formular esas ideas: la juventud ha sido siempre un imperativo biológico, siempre ha habido jóvenes, pero él se da cuenta de que culturalmente la juventud no significa mucho. Puede haber, como lo hubo en la antigua Grecia, una exaltación de lo juvenil, pero -él dice con una frase muy feliz- “Alcibíades (el joven griego) está compensado con

Sócrates (el maestro al que Alcibíades admira)”. Pero desde principios de siglo, esto ha cambiado. “El joven actual habita hoy su juventud con tal resolución y denuedo, con tal abandono y seguridad, que parece existir sólo en ella.” Y a continuación dice: “La moda es un concepto fundamentalmente juvenil, y los demás nos tenemos que adaptar a ello”. El culto al cuerpo -pensemos que es la época en que las Olimpiadas comienzan a tener su estado político actual- automáticamente nos acusa y nos destierra a quienes no podemos ostentar un cuerpo musculoso en una piscina, en una pista de atletismo o en una cancha de tenis. Ortega se pregunta: y cuando ellos crezcan, ¿qué será de ellos? Ése es el único problema que hay porque, por lo demás, Ortega, en una demostración ejemplar de masoquismo, lo dice al final: ese fenómeno de la juventud dominante “invita a la humildad y devoción ante el poder, a la vez creador irracional, de la vida, que yo fervorosamente he recomendado durante toda la vida”

Si ustedes leen el ensayo *La deshumanización del arte*, verán ustedes que Ortega nunca utilizó el término vanguardia, seguramente porque no le resultaba familiar, y que tampoco le gustaba utilizar el término “arte moderno”, porque moderno olía a modernismo y modernismo era una cosa caduca. Ortega prefirió siempre “arte joven” o “arte nuevo”, y son los términos que utiliza en ese ensayo tan divertido, tan bien hecho y por otra parte tan insuficiente que es *La deshumanización del arte*, donde recuerden ustedes que habla de irracionalismo, de juventud, de autoridad, de desplante del arte a los gustos tradicionales, etc.

No seguiré demasiado este recorrido. Por supuesto, tendríamos que dedicar un largo capítulo a la juventud y la Guerra Civil, porque esa es la experiencia de la guerra europea en España, donde nuevamente lo juvenil, ya previamente alentado por los partidos políticos de extrema izquierda y de extrema derecha, era tan sugerente. Hay, naturalmente, un juvenilismo ridículo de postguerra, ese juvenilismo que practican, por un lado, las asociaciones de la iglesia católica y, por otro lado, las asociaciones falangistas: una exaltación de la juventud en un país que era caduco y viejo, y donde, de hecho, la imagen del poder la daban precisamente señores no demasiado jóvenes y sacerdotes que no lo habían sido nunca. Pero yo creo que incluso aquella retórica de lo juvenil que cultiva el Régimen destiñó, y destiñó lo suyo, en la constitución del último juvenilismo español que me parece que ha tenido explicación e importancia, y que algún día habría que estudiar: el que brota en todo el país desde finales de los cuarenta hasta mediados de los cincuenta, hasta la crisis de 1956, y que define un síndrome de protesta

y de recusación en gran medida, con respecto a lo que significa la victoria de Franco y lo que significa el franquismo. Valdría la pena recorrer en este sentido los primeros versos de Jaime Gil de Biedma, con esa enunciación en “nosotros”, que es tan corriente en él, con esa estética -permítanme la broma- de fuego de campamento que a veces Jaime Gil de Biedma (y no sólo él) parece cultivar, ese deseo de ver la guerra civil desde la perspectiva de la infancia, tal como ellos la habían conocido por otra parte, pero también como la única trinchera donde la inocencia podía preservarse y continuarse. Y no sólo hablaríamos de Jaime Gil de Biedma o de Claudio Rodríguez, sino de esas novelas que nos son a todos familiares, novelas de juventud frustrada: *Los contactos furtivos* de Antonio Rabinad, *Encerrados con un solo juguete* de Juan Marsé, *La hoguera* de Jesús Fernández Santos, *Nuevas amistades* de Juan García Hortelano, *Entre visillos* de Carmen Martín Gaité... A lo mejor habría que leer en conjunto éstas y otras novelas del momento, y bastantes poemas y artículos, publicados en las revistas juveniles del SEU, como esa colección preciosa que de ellos hizo hace algunos años Jordi Gracia. En esa colección aparece un texto que no me parece literariamente el mejor, pero sí el más revelador, el más autoconsciente de lo que juventud podía significar ya casi al final de los años cincuenta, como síndrome de protesta generalizada contra el estado de cosas. Me refiero al “Manifiesto de las generaciones ajenas a la Guerra Civil”, de Esteban Pinilla de las Heras, seguramente con la ayuda de alguno de sus colegas que habían trabajado con él en la revista *Laye*, y con esto enunciamos a la gente más significativa de la Barcelona juvenil del momento. Eso que redactaron, que no acabaron seguramente de perfilar y que por supuesto no pudieron dar a las prensas hasta que, en los años noventa ya, el propio Esteban Pinilla de las Heras publicó en un libro titulado *En menos de la libertad: Dimensiones políticas del grupo Laye en Barcelona y en España*. Es un texto significativo. Podría haber sido escrito a primeros de siglo: “Hemos optado por la verdad y contra el inmovilismo”, dice con términos que podrían ser de Ruiz Contreras, Pío Baroja o Azorín en cualquier revista de 1899 ó 1900, En su caso hay algo revelador, que tiene que ver también con esa protesta de la juventud contra lo caduco:

“Han sido las preguntas a nuestros padres, cobardemente contestadas o dejadas caer en silencio, las que nos han espoleado en una amarga búsqueda de respuestas verdaderas.”

Estamos en esa dialéctica verdad/ocultación, sinceridad/hipocresía que es típica cada vez que la palabra juventud comparece en nuestro horizonte. Y como el manifiesto es largo (muy largo para ser manifiesto), nos llega a decir muchas cosas interesantes; por ejemplo, va a pasar revista a la promoción de juventudes que han madurado bajo el franquismo, que tienen en sus manos la posibilidad de cambiar el país y que sólo en cierta medida lo están haciendo. Allí se pasa lista a las nuevas promociones católicas, el joven abogado, el oficial de ejército, los médicos, los intelectuales. Y se lamenta por otra parte lo que él llama la “esterilización de la juventud”:

“Muchachos que de los 18 a los 23 años demuestran una inteligencia brillante, que descuellan por su inquietud, su espíritu de empresa, su ambición proyectiva, los hallamos al doblar el filo de los 30 años espiritualmente envejecidos de un modo prematuro, haciendo trabajos mediocres, hundidos en una ciudad provinciana o dedicados a una actividad en desacuerdo con sus posibilidades.”

Es lo mismo que había escrito Ramiro de Maeztu en *Hacia otra España* en 1899. Incapacidad de la clase media para redimirse a sí misma es lo que Pinilla de la Heras planteaba en ese momento.

Lo habían planteado otros grupos europeos. Los españoles de los años 50 tienen muchas deudas con el planteamiento de la dialéctica juvenil/adulto del neorrealismo italiano, y quizá también con el significado del Grupo 47 en Alemania, que vino a ser algo parecido, y del que la obra inmensa de Heinrich Böll es una muestra evidente.

Voy a volver de nuevo sobre lo que advertía como punto de partida. En esta dialéctica que es fundamentalmente cultural y que, por supuesto, tiene detrás un hecho biológico (pero que no se explica sólo por el hecho biológico), hay mucho de natural, de espontáneo, de admirable, y también hay mucho de ambiguo. Se empieza adorando los valores juveniles y se acaba exaltando la intuición por la intuición, el voluntarismo por el voluntarismo y hasta la violencia por la violencia. La última manifestación ominosa del culto perverso de los caídos la tienen ustedes, por ejemplo, en las celebraciones de ETA y su mundo, o si entran (si tienen el mal gusto de hacerlo, aunque ahora afortunadamente no se puede porque han cerrado la mayoría) en una *herriko taberna* y se tienen que tomar un vaso delante de todo un friso de jóvenes con cara de brutos, muertos en actos de violencia que fue inicialmente suya, que nos miran desde las paredes, que exigen a los que están allí tomando la copa que repitan su triste ejemplo.

Seguramente, es la más paladina pervivencia del fascismo como forma que vida que hoy se conserva en Europa. Juventud *ma non troppo*, podríamos decir. Don Antonio Machado, que pecó también de juvenilismo, en el fondo nunca se sintió demasiado joven: siempre se rodeó de gente mayor que él, vistió de una forma más que anacrónica, arcaica (aparte de muy poco cuidada), y en su madurez le divirtió incluso aparentar ser más viejo de lo que era. Me da la impresión que en ese Machado, el de *Juan de Mairena*, el de *Abel Martín*, ese Machado que se divierte de algún modo en los crepúsculos, que mira a la juventud siempre inevitablemente como algo pasado, hay una profunda lección al respecto. Él quiso siempre hablar desde esa madurez en el fondo intemporal de un hombre que es de otro tiempo. No olvidemos que Juan de Mairena y Abel Martín son gente del siglo XIX, ese siglo romántico que había muerto y que Machado tenía por bien muerto, pero que todavía podía dar lecciones al siglo XX.

Así que ésa es mi reflexión, a lo mejor un poco de aguafiestas, sobre la literatura y la juventud. Bien está la juventud, pero sepamos también qué usos ha podido tener y a veces no precisamente en quienes son jóvenes.